tasía, la desvergüenza, el escarnio de toda idea moral, de todo sentimiento digno, de todo instinto honrado, de todo pudor. ¡ Ay, María Victoria, tú no sabes lo que sucedió! Los comisionados venían en grandes buques, daban grandes banquetes, se les asignaron para su plato veinticinco duros; trajeron además cinco mil duros en pequeñas monedas de oro, para dar de comer á los pobres de otro país, haciéndose los opulentos y los grandes; pues en tanto que esto pasaba, poblaciones importantes de México se veían azotadas de la fiebre amarilla y de la miseria, y los maestros de la niñez se morían de hambre y los soldados corrían las aldeas matando á los hombres para robar los impuestos públicos. ¿No olvides? La caballería invade á los pueblos, arrancando á tirones, girones y lágrimas, como en los tiempos de la barbarie, como en los tiempos de Moctezuma. Ahí tienes la anarquía en cuyo negro fondo agonizaba México. ¡Ah malvados! ¿ Por qué os creímos, en lugar de entregaros á la justicia, como los primeros bandidos de América? ¡ Ay, si otra vez sucediese! Mi querida amiga si en estos instantes se hiciese la anatomía de mi cuerpo verías que mis entrañas están secas. ¡ Cuánto hé llorado! ¡ Cuánto he padecido! ¡ María, aprende á mí! Cierra tus oídos y tu cerebro á las falsedades de esos señores de Carnaval.

Maximiliano se acostó; pero no dormía. Yo no quise acostarme, sentada en una silla de brazos, recliné la cabeza sobre las almohadas de mi lecho, y apenas hube cerrado los ojos, cuando de mi espíritu se apoderó una pesadilla que no quisiera recordar. ¡ Cuánto debes agradecerme este sacrificio de mi conciencia, María Victoria! ¡Estoy desgarrando mis heridas, mi corazón, mi alma! En el delirio de aquella pesadilla creí oír muchos disparos entre los lamentos y gemidos de las nueve mil criaturas sacrificadas. Creí ver muchos escuadrones correr sobre los miembros palpitantes de aquellos cadáveres insepultos, destrozando sus cráneos con las herraduras de sus caballos. Creí ver lobos y tigres saciar su sed en grandes charcos, que no eran de agua. Creí divisar la pupila luciente de las fieras que volvían la cabeza á todos lados para que nadie les sorprendiere, mientras con los dientes arrancaban las carnes y rompían los huesos

de las víctimas; oí el crujido de aquellos huesos como la Fedra de Racine; ví destilar sangre de aquellos cabellos desgreñados, del mismo modo que goteaba sangre de la barba de Héctor en el sueño espantoso de la Encidad.

Maximiliano sintió mi angustia, oyó mis suspiros y me llamó repentinamente; mas no pudo arrancarme de mi pesadilla. Levantóse entonces, sacudióme con fuerza, casi con frenesí y pude volver de aquel sueño. ¡María Victoria, era un mundo de gigantes horribles y extraños! ¡Quién hubiera muerto en aquella hora! ¡Oh, Dios mío! ¡Cuántos dolores me hubieras ahorrado! Mi esposo me preguntó: "¿Qué tienes?" Yo le respondí: "¿Tú me lo preguntas?" "¿Qué tienes?" "Nada." "¿Qué tienes, Carlota?" "Nada, Maximiliano." Dime lo que tienes, aunque se caiga el cielo, y se hunda la tierra." "¿Quiéres que te diga?" "Sí."

"He visto luces en el aire; no sé qué fantasma me tira de la ropa que llevo; he visto una sombra que figura tres hombres sin cabeza; y yo los conozco." "¿Quiénes son?" "El Emperador Maximiliano y los generales Miramón y Mejía." Tú eres en este momento mi único amor; el amigo de toda mi vida. ¡Te veo perdido, no digas que nó! ¡Estás perdido! "Ya lo sé." "¡Sálvate y sálvame. Maximiliano, vámonos de aquí." "No puedo." "Tú no eres emperador." "¿Pues qué soy?" "Aquí había una partida de malhechores; no tenían capitán, le necesitaban y te trajeron á tí. Tú no eres emperador de México, eres el capitán de una partida de asesinos y ladrones: tú el capitán y yo la capitana, y esto no puede ser. Si te obstinas en que te sacrifiquen entre nueve mil criaturas que tienes que sacrificar, á mí no me asiste valor para presenciar el sacrificio. Me vestiré de luto y me volveré á Europa. Te dejo mi alma, pero se va mi cuerpo."

"¿ Dices que te vas?" "Sí, me voy; quiero probar si es posible salvar á un hombre." "Carlota, tú no me amas hoy lo mismo que antes." "Te amo más, pero temo. Amo á mi esposo, pero temo al tirano. Tú eres el tirano de un pueblo inocente. "¿ Yo soy tirano?" "Sí." "¿ Te vas á Europa." "Sí."

Maximiliano permaneció frío, inmóvil, mudo como una piedra. Derepente se cubrió el semblante con ambas manos y rompió á llorar. ¡Hija de mi alma! ¿Extrañarás que esta desdichada haya enloquecido?

Llegó la hora de partir....; Qué diferencia entre la recepción y la partida! Nadie me habló de la riqueza, de los frutos, de la fecundidad del suelo, de la benignidad del clima, ni del murmullo de las fuentes, ni del aroma de las flores, ni de la melodía de los pájaros, ni de la vista del Orizaba. No vino comisión ninguna. Un periódico publicó por entonces el siguiente anuncio:

"Se vuelve á Europa la esposa del emperador mexicano."

Yo dije á mi esposo en el momento de partir: "¿ Te quedas?" "Es mi destino," replicó. "Pues en Europa," proseguí; "recibiré una carta tuya concebida en estos ó semejantes términos: "Tú lo adivinaste, Carlota; el rayo de luz que entra á mi morada es el último sol que veré. Estoy en capilla, arrodillado ante la figura de Jesús. Dentro de una hora caminaré al suplicio entre un sacerdote y el verdugo."

No quiero decirte lo que pasó por mi corazón en el momento de separarme de Maximiliano. Yo sabía que me separaba para siempre y era el único amor que he tenido, tengo y tendré. ¡Ojalá que no hubiera amado!

El buque parte. El silbido del viento al penetrar por los tubos, me parecía el ruido de una batalla. ¡Maldita sea la guerra! ¡Malditos los ambiciosos que la provocan! El continuo embate de las olas me parecía el hervidero de la sangre, el ruido de la máquina, el estruendo de las hachas, cañones y fusiles; las chimeneas del vapor se representaban como verdugos.

A los veintiún días de navegación subí á cubierta. Mis ojos se extendieron por la mar y en todas partes hallaba el rostro de Maximiliano. Puesto ya el sol, descubrí en el espacio un punto blanquecino y movedizo. "¿ Qué es aquel punto que se descubre en el horizonte?" pregunté al capitán del vapor. "Señora, las playas de Europa." "¡Playas de Europa, arenas de mi patria!" dije en mi con-

ciencia; "aquí me tenéis, como os prometí; vuelvo á vosotras vestida de luto."

Llegué á París, corrí á las Tullerías y grité al primer palaciego. "Anunciad al emperador, que quiere hablarle la viuda de Maximiliano."

¡ Ay María! Napoleón me recibió como un hombre de palo, como una estatua de granito, como una máquina de hierro. Pero yo divisaba una cruz; á su pie lloraba una mujer, más que una mujer: ¡una madre! Yo tenía esa grande esperanza, yo adoraba esa gran fe religiosa y bendecía el dolor del Calvario, y anhelaba recibir un consuelo de Jesús y de María.

Volé á Roma, fuí al Vaticano, puse los labios en los pies de su Santidad; al besar aquel pie ví nuevamente luces en el aire, ví la sombra que figuraba tres cuerpos sin cabeza, ví dos manos cruzadas que chorreaban de sangre, como los cabellos de las víctimas: manos que enlazaban dos horcas, que hablaban y decían: "Somos Monti y Figneti. Perdí toda la esperanza, se apagó mi fe; me acordé de un hombre y enloquecí.

Me condujeron á Viena; pero en Viena hay mucha algazara, y vine á este castillo. Aquí estoy en el campo. Vivo con el silencio, la soledad y una memoria adorable.

Aquí me trajeron una caja que contiene los restos del hombre á quien amé, caja que abrí un día sin que nadie me viera. La mano derecha de mi esposo estaba cerrada, como si fuera de bronce. Mis manos abrieron la suya y encontré un papel que decía: "Carlota, tú lo adivinaste: la luz que penetra mi morada será el último rayo de sol que veré. Estoy en capilla arrodillado ante un Nazareno. Dentro de algunas horas iré al sacrificio entre el sacerdote y el verdugo.

"Tú no tienes la culpa; perdóname, consuélate. Saluda á mi familia y á mi patria. Adios, Carlota; el juicio de Dios me espera. Ya que he vivido mal, quiero morir bien. Mi último suspiro será para tí.; Quién te hubiera creído, amada mía!"

¡Extrañarás, mi querida amiga, que esta pobre mujer haya perdido la razón? Me miro á menudo al espejo y exclamo: "¿No soy lo que era, no soy Carlota?" No, no soy mujer, no tengo vida; voló mi alma! Una tenía y me la robaron! ¡Volvédmela, ladrones! Napoleón III, ensalzado, me perdió á mí; Napoleón III caído, te perderá á tí.

La historia de hoy cuenta cuatro mujeres destronadas en menos de dos años; Sofía, reina de Nápoles; Carlota, la emperatriz de México; Isabel segunda, reina de España; Eugenia, emperatriz de Francia. La historia hablará de cinco mujeres: la quinta serás tú, María Victoria. Si sales de Italia y surcas el golfo de una ciudad noble y gloriosa, puedes decir: "¡Adios golfo de Génova! Cuando vuelvas á surcar tus aguas, ellas me verán vestida de negro." Si permaneces en Turín, consientes que vaya tu esposo, fascinado por el brillo de una corona; si le atrae esa serpiente, prepárate para recibir la siguiente carta:

"María, todo concluyó; da un beso á nuestro hijo.—AMADEO."

He de terminar esta carta. ¡Adios, María Victoria! Siento que se turba mi mente, que mi alma vuelve á rodar por los insondables abismos de la locura. Vuelvo á ver luces en el aire, la sombra de cuerpo sin cabeza, dos manos cruzadas, oigo el crujido de los huesos. Veo muchas fieras que sacian su sed en charcos de sangre. Tan pronto me parece que soy una Diosa como que soy un monstruo del infierno. ¡Oh, hija de mi corazón! ¡No salgas de Roma; no abandones á tu patria! ¡Mira que te engañan, como me engañaron, que te venden como á mí me vendieron; que llegará un momento en que tu esperanza no conciba otra ventura que la horrible de morir loca! ¡María, María, cuida de tu esposo, de tu hijo y de tí!

Te he dado la prueba más grande de amistad que puede darte una mujer nacida, contándote historias, dolores y misterios que nadie conoce, mas que tu infortunada y leal amiga

CARLOTA,
Ex-emperatriz de México.

María Victoria fué esposa de Amadeo de Aosta, á quien después de haber expulsado del trono á Isabel II los Españoles ofrecieron el trono en el año 1871. Amadeo viendo que una gran parte de los Españoles le eran contrarios, abdicó en 1873 el trono y regresó á la vida privada sin que por eso fuese condenado. ¡Ojalá y Maximiliano hubiera hecho lo mismo! — (Nota del editor.)

F1233

156504

FHRC

AUTOR

PAYNO, Manuel. 1810-1894.

TITULO

